

# Laura, un silencio pertinaz.

Nicolás Landriscini

He recibido a la joven Laura en mi consulta durante un período de tiempo de dos años. A día de hoy ella tiene 13.

Se trata de un sujeto cuya relación al Otro y al mundo en general es extremadamente restringida. Laura apenas habla, tiene enormes dificultades para entrar en contacto con los demás, así como para responder a sus solicitudes: permanece muda y perpleja cuando es convocada a responder como sujeto.

He ido sabiendo que siempre había sido así: desde pequeña, Laura tenía crisis de rabia en su casa, y respondió con un repliegue masivo al entrar a la escuela. Siempre ha mantenido una relación difícil con su madre, relación que cabría calificar de alienante y explosiva al mismo tiempo: a pesar de sus grandes esfuerzos para ayudar a su hija, la madre soporta mal sus dificultades. Por su parte, Laura está muy pegada a su madre, y vive como un rechazo el mínimo cambio de actitud o muestra de alejamiento por parte de esta última.

A pesar de los graves problemas de Laura, su familia ha encontrado cierto equilibrio en su funcionamiento. Ahora bien, se trata de una familia muy aislada: la familia extensa está fuera de juego desde hace mucho tiempo, puesto que, por razones diferentes, cada uno de los padres ha interrumpido el contacto con su familia respectiva. Una frágil y patógena transmisión materna por el lado de la madre y un padre muy violento por el lado del padre parecen ser los elementos en cuestión.

La dificultad mayor para Laura se presenta desde hace tiempo en la escuela. No en el plano de los saberes, pues es una excelente alumna -sobre todo en lenguas (francés, inglés, portugués)-, sino más bien en lo concerniente a la relación con los otros, sean éstos compañeros o profesores. Soporta muy difícilmente la presencia de

otras personas a su lado: el mínimo signo de vida o de deseo del Otro (voz, mirada) es vivido por ella como una agresión. Pese a los enormes esfuerzos que realiza para neutralizarlo, Laura está permanentemente invadida por la presencia de los otros, presencia marcada para ella por el sello del exceso: la mínima interpelación es intrusiva, una broma cualquiera es un ultraje, el jaleo cotidiano del patio de recreo toma para ella una intensidad sonora insoportable, etc.

En estas circunstancias, asistir al instituto es para Laura un infierno, tanto más cuanto que los otros no comprenden sus dificultades y la interpelan con normalidad, como a un compañero más. Concretamente, el problema se cristaliza en las ocasiones en las que debe tomar la palabra: cuando un profesor la interroga en plena clase, Laura permanece muda, petrificada, incapaz de decir nada y presa de una gran angustia.

A medida que los años pasan, su síntoma es cada vez menos compatible con un sistema escolar que exige que los alumnos participen, tomen la palabra y se expresen, lo cual es, por otra parte, perfectamente normal. Al respecto, precisaré aquí que tuve algunas conversaciones con el equipo educativo de Laura, en las que pude hacer entender la necesidad y la pertinencia de un trato particular para con ella, dada su fragilidad subjetiva. Pese a que estas conversaciones no carecieron de efectos positivos durante algún tiempo, Laura acabó por abandonar el instituto hacia diciembre del 2014. A partir de entonces, permanecerá en su casa estudiando con seriedad sus asignaturas gracias a la puesta en marcha de un dispositivo de escolarización a domicilio.

Durante los 18 primeros meses de consultas, Laura se dirigía a mí por escrito: yo hacía preguntas y hablaba, mientras ella respondía y se expresaba por escrito. Para que el trabajo de las sesiones



fuera posible, ha sido necesario que yo ajuste mi posición en la transferencia para no ser demasiado intrusivo, sin pedirle nunca directamente que me hable, a no ser a través del humor, recurso que funciona muy bien con Laura, provista ella misma de una fina ironía. De este modo, he aprendido progresivamente a encarnar un Otro no exigente, que, sin demandarle nada, se presta a acoger su sufrimiento así como sus invenciones y producciones. Laura ha ido así trayendo a las sesiones las historias que escribe y los dibujos que realiza. Respecto a las primeras, diré que son ficciones que ella inventa, en las que se trata a menudo de un grupo de jóvenes que vive diferentes aventuras, así como también de gatos, su animal predilecto. Por otro lado, dibuja también gatos y ratones, no sin talento. Es interesante considerar que Laura siempre ha tenido gatos, y podemos pensar que ella misma está identificada a este animal, silencioso, solitario, taciturno.

En un segundo período, Laura introducirá una nueva invención en el dispositivo transferencial: desde que deja de ir al instituto, empieza a llamarme por teléfono. Logra de este modo hablarme, al interponer el aparato entre los dos. Poniendo el cuerpo fuera de juego, Laura es capaz de ceder algo del objeto vocal en juego y consentir así a hablarme. Ahora bien, como yo insisto en ese momento en que venga a sus sesiones, ella va a instaurar una pulsación en el ritmo de nuestros encuentros: una semana cada dos, la sesión tendrá lugar oralmente y por teléfono, la otra semana vendrá a mi consulta y realizará su sesión por escrito.

Laura se pregunta por la naturaleza de su patología: a propuesta suya, leemos juntos textos que ella encuentra en internet y que versan sobre el autismo de Asperger o los niños superdotados. Comentamos los síntomas allí descritos y ella los compara con los suyos, tratando de producir una versión de lo que le pasa.

Durante ese período, las sesiones conmigo constituían el único lazo social de Laura, que por lo demás vivía encerrada en su casa con sus carpetas, su ordenador y su televisión. Al mismo tiempo, su madre acabó aceptando mi proposi-

ción de contactar el CSM del pueblo, proposición que realicé con la perspectiva puesta en ampliar la red de interlocutores y permitir así una pluralización de la transferencia. Gracias a ello, y al trabajo de entrevistas propuesto por mis colegas del CSM, la madre de Laura está hoy dispuesta a aceptar que su hija necesita un seguimiento psiquiátrico, algo inconcebible hasta la fecha.

Entretanto, la familia de Laura ha decidido abandonar la región para instalarse en otro lugar de Francia. Mis colegas del CSM han realizado el trabajo de contacto con el sector de psiquiatría infanto-juvenil de la región de destino, con el objetivo de que el acompañamiento de Laura y su familia pueda proseguir en las mejores condiciones posibles y sin rupturas contraproducentes. Al respecto, el equipo de la región de destino propone como perspectiva la integración de Laura en un *instituto psiquiatrizado*<sup>1</sup>. Tal vez se trate del marco adecuado que permita a Laura proseguir con sus estudios al tiempo que tratar su patología y su sufrimiento subjetivo.

El día de nuestra última sesión, pregunté a Laura qué quería hacer con el dossier que contiene todos los escritos que ha producido en mi consulta. Tras titubear, contestó que se los llevaría con ella. Le respondí entonces pidiéndole su acuerdo para conservar sus dibujos, lo cual aceptó preguntándome si me gustaban. Le contesté que me parecía que estaban bien hechos. Laura me propuso entonces darme la dirección de la página web en la que comparte sus dibujos con otros internautas. Le pedí que me la mandara por mail. Esa misma noche, recibí un mail de Laura en el que me daba la dirección en cuestión, al tiempo que añadía: “allí encontrará usted mis dibujos, y ello será tal vez la ocasión para que se quede con una imagen más alegre de mí”. Laura la solitaria, la silenciosa y la taciturna, quiere que el Otro tenga una imagen más alegre de ella. Algo es algo.

París, abril 2015

<sup>1</sup> Los servicios llamados «Soins Études» son dispositivos de escolarización adaptados e integrados en la red de psiquiatría infanto-juvenil francesa.

- Recibido: 19-4-2015.
- Aceptado: 7-7-2015.